

## LAS “TRES LOCURAS” DEL LICENCIADO VIDRIERA

En un perspicaz ensayo sobre el *Elogio de la locura*, el profesor John Olin divide el opúsculo erasmiano en tres partes principales<sup>1</sup>. La primera, escrita en tono irónico y festivo, celebra la existencia de la locura, un estado inocente, primario, que aligera la carga de la vida moviendo a los hombres a la hilaridad y fomentando sus ilusiones. El loco de esta primera etapa, como el niño y el ebrio, está autorizado a decir la verdad y la dice sin empaño, puesto que carece de obligaciones y responsabilidades. Ni le aquejan los desvelos del rico, ni le estorba la corona real, ni le preocupa el destino de la especie: al igual que los bufones (al bufón se le llama “loco” en más de una lengua), vive como quiere y dice lo que piensa o lo que no piensa. Es tan libre como Adán antes de la caída.

La segunda parte del *Elogio* muestra una radical alteración. La locura deja de encomiarse, deja de aplaudir a sus servidores, y se erige en azote moral de quienes la padecen por defecto de espíritu. El discurso ya no es despreocupado sino severo: la ironía se tiñe de sátira. Es éste el pasaje propiamente “reformista” de la obra, y por él desfilan en su solemne ridiculez los estamentos de la sociedad y los vicios del linaje humano, desde los gramáticos pedantes, los monarcas despóticos y los prelados corrompidos hasta la gente vanidosa, avarienta, hipócrita y mendaz que ha perdido, con la inocencia, la libertad de obrar y de existir.

Se recobra esta libertad en la tercera parte, pero ya no al nivel de la candidez paradisiaca, sino al del sacrificio, la entrega voluntaria, la aceptación de un reino donde no gobierna la razón

<sup>1</sup> JOHN C. OLIN, *Six Essays on Erasmus*, Fordham University Press, New York, 1979, pp. 49-56.

ni legisla el sentido común. La tercera parte alaba al loco santo, que si bien se asemeja al bufón por su desprecio de la mundanidad, ha adquirido responsabilidades que el bufón no tenía. La diosa irreflexiva que hablaba a despropósito en las primeras páginas se sublima y ensalza al descubrir su estirpe en los versículos de San Pablo. Conocidas son —Erasmus las enumera en detalle— las representaciones de la locura en la Primera Epístola a los Corintios; aquí nos bastará con una: “Si alguno entre vosotros parece ser sabio en este siglo, hágase simple, para ser sabio” (3,18). No es esta simpleza la del bobo ni la del infante: se ha escogido libremente como esfuerzo ascético y actitud moral, y obedece a un ejemplo de excelsa y voluntaria enajenación.

Olin percibe en el *Elogio* una dialéctica perfectamente delineada. La locura inocente, irresponsable, se enfrenta a los vicios y flaquezas del universo, y al castigarlos se forma una conciencia, un sentido de libertad y responsabilidad, que la conduce al sacrificio, a la entrega religiosa. Es una curva abierta, un curso en espiral: la locura regresa a la inocencia primitiva, pero la magnifica y enriquece con un entendimiento superior, el de la fe. Un desarrollo semejante se puede observar en el progreso de las grandes locuras cervantinas, sobre todo en la del mozo castellano Tomás Rodaja, conocido más tarde como Licenciado Vidriera.

Es innegable, y se ha consignado en numerosos escritos, el parentesco de Cervantes con Erasmo y de *El licenciado Vidriera* con el *Elogio de la locura*<sup>2</sup>. En un artículo reciente, Daniel Heiple relaciona estos dos textos con el *Narrenschiff* de Sebastian Brant y la *Censura* de Jerónimo de Mondragón<sup>3</sup>, pero se limita a señalar la coexistencia en el relato cervantino de lo satírico y lo bufonesco, de la locura que reprueba y la locura que divierte; no alude a la probable tercera etapa ni al enlace dialéctico entre las tres. Esto es lo que trataremos de estudiar aquí.

Conviene aclarar desde un principio que nuestra división tripartita no coincide con la que suele hallarse en la crítica tradicional, y que corresponde a los tres nombres del personaje (Tomás Rodaja, Licenciado Vidriera, Licenciado Rueda). Ingenuo sería suponer que en una obra tan irónica y compleja, concebida muy poco antes del *Quijote*, la locura y la discreción quedaran separadas por murallas de cal y canto. Ni el Licenciado Vidriera está

<sup>2</sup> Véase ANTONIO VILANOVA, *Erasmus y Cervantes*, C.S.I.C., Barcelona, 1949.

<sup>3</sup> DANIEL L. HEIPLE, “*El licenciado Vidriera* y el humor tradicional del loco”, *H*, 66 (1983), 17-20.

completamente loco, ni Rodaja y Rueda están completamente cuerdos; el trauma del membrillo y la cura del padre jerónimo no hacen más que extremar o precipitar condiciones latentes<sup>4</sup>. Es necesario pues trascender estos límites y matizar los conceptos de locura y cordura con los que ya dejamos apuntados: los de inocencia y franquía, responsabilidad e irresponsabilidad, enajenación y dominio.

La primera etapa se inicia con la novela misma. El mozo labrador que duerme a la orilla del Tormes quiere partir, al despertar, de cero. Se niega a revelar el nombre de sus padres y el de su tierra: orientado hacia el porvenir, no acepta deudas con el pasado. Su libertad radical no tolera más responsabilidades que las ineludibles: la servidumbre y los estudios. Aun así, a pesar de haber hecho brillante papel en las aulas, de haberse granjeado la amistad de cuantos le conocen, no vacila en sacrificarlo todo por la vida militar, ante cuyos encomios titubea su discreción. De-sechando los prudentes hábitos de estudiante, se viste de "papa-gayo" y se atavía "a lo de Dios es Cristo"<sup>5</sup>. No quiere decir esto que contraiga deberes de soldado: si acompaña a don Diego de Valdivia es a condición de no sentar plaza ni seguir bandera. Lo que le interesa es el cambio de ambiente, la aventura, la libertad sin trabas, y en plena libertad recorre Italia y Flandes.

Pero aquí nos encontramos con un curioso fenómeno estilístico. En el momento en que Tomás Rodaja comienza a viajar, parece ausentarse de la obra, y cederle el punto de vista al narrador o al autor. Los pasajes donde se describe la incomodidad de las naves, la abundancia de los vinos, la belleza de villas y comarcas, no representan opiniones o hallazgos de Tomás, sino dictámenes comunes, acreditados "a priori". El empleo constante de la perífrasis tópica, del artículo determinado y del presente de indicativo refuerza esta evidente sensación de familiaridad y permanencia. Es decir, la ilimitada libertad del personaje va lastrada de enajenación y privación del juicio: no le ha servido más que para comprobar lo que ya se sabía, y es bien poco lo que él ha puesto de su parte. Vuelve a España, de hecho, como si otro hubiese viajado por él.

Ocurre entonces el episodio del membrillo, que también nos ofrece un detalle singular. Tomás ingiere la fatídica fruta en "mal

<sup>4</sup> FRANCISCO GARCÍA LORCA ("El licenciado Vidriera y sus nombres", *RHM*, 31, 1965, 159-168) ve la novela como una tensión de continuidad-ruptura, y reconoce en el ingenio del loco la erudición del letrado.

<sup>5</sup> *Novelas ejemplares*, t.2, ed. M. Baquero Goyanes, Editora Nacional, Madrid, 1976. Todas las citas remiten a esta edición.

punto”, y su envenenadora, al ver el “mal suceso” (p.16), se pone en cobro. Mal suceso, mal punto, mala suerte; no ha surtido el hechizo los efectos esperados; ha intervenido en la fórmula un factor imprevisto, y este factor sólo puede ser la anterior propensión de Tomás a la locura.

Revisemos rápidamente los posibles síntomas: encubrimientos del origen; abandono súbito de ligámenes y vocacionales; rechazo de toda responsabilidad ulterior; alteración continua de la circunstancia vital, y abdicación, no por involuntaria menos efectiva, del juicio propio en beneficio del lugar común. Hasta el trauma del bebedizo, Tomás ha dado señales, si no de demencia precoz, sí de esa ingenuidad despreocupada que hemos atribuido al orate inocente, y en los principios de su locura “auténtica” se ajusta al modelo con exactitud. Los chiquillos le persiguen; los mayores le incitan; su manía divierte y asombra, y en todo muestra una agudeza de ingenio que es rasgo arquetípico del bufón.

Pero poco a poco el Licenciado Vidriera va superando este frívolo oficio, y va observando en los que lo estimulan una locura más desaforada y reprehensible que la propia. Con su traslado a la corte entramos de lleno en la segunda etapa, y se explica, puesto que en la corte triunfan los vicios e imperan las flaquezas. Allí, como la diosa del *Elogio*, el Licenciado forma su censo estamentario y moral; allí renuncia al cargo de bufón y se convierte en verdadera “atalaya de la vida humana”. Nadie se sustrae a su visión satírica; ni siquiera los clérigos, a los que Cervantes, como es natural, tenía que tratar con más cautela que Erasmo. Bataillon ha señalado la profunda ironía de la reprimenda que le echa el Licenciado al que se burlaba de un fraile gordo<sup>6</sup>, y en el epíteto de “Aranjueces del cielo” aplicado a las órdenes religiosas se intuye una sutil censura de su opulencia. El ingenio ya no es gratuito; las verdades ya no son inmanentes; la locura del Licenciado Vidriera evoluciona hacia la reflexión.

Por lo tanto, el orate a quien sana el caritativo jerónimo tiene mayor dominio de sí mismo, vive menos vacío y enajenado que el turista de Italia. Ha cobrado conciencia de los valores y de su responsabilidad para con ellos; ha comprendido que hay distintos tipos de locura, y no todos inocuos. Y a la vez ¿podríamos afirmar que el Licenciado Rueda hubiese vuelto del todo a sus cabales? No lo creen así los que le reconocen: “...también puede ser loco bien vestido como mal vestido...” (p.38). Además, su dis-

<sup>6</sup> MARCEL BATAILLON, *Erasmo y España*, trad. A. Alatorre, F.C.E., México, 1966, pp. 790-791.

curso exhibe las mismas cualidades que el de Vidriera: conceptismo, paralelismo, concisión aforística. Juega el nuevo letrado con los vocablos “bogar” y “abogar”, “seguir” y “perseguir”; con las frases “ganar la vida” y “granjear la muerte”; con los conceptos de ser y no ser, de locura y cordura, que en su proximidad y oposición revelan lo inseparable de su sentido. No cabe duda de que Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera y el Licenciado Rueda son un solo sujeto existente, y que su azaroso historial puede clasificarse con arreglo a esta terna, o a cualquier otra.

Y ahora no queda sino ubicar a nuestro personaje en la tercera etapa, en su función de loco santo o loco idealista. Son muchos los lectores que ven en esta obra un pesimismo extremo, y entienden el desenlace como una especie de suicidio: el Licenciado, al fracasar en la profesión, busca la muerte en el campo de batalla<sup>7</sup>. Esta actitud pasa por alto dos hechos fundamentales. El primero es de orden textual: el protagonista ya ha abandonado antes las letras por las armas, sin que esto se califique de fracaso. El segundo es de orden intertextual: en el *Quijote*, en el *Persiles*, en las mismas *Novelas*, Cervantes alaba el ejercicio armado como el más noble de todos, por ser el que exige los mayores esfuerzos. A pesar de la ambivalencia ante el dilema pensamiento-acción que ha señalado Américo Castro<sup>8</sup>, nos consta que los héroes de Cervantes eran hombres de espada (en el *Licenciado* cita al “gran Hernando Cortés”) y que se enorgullecía de su propia participación en hechos de guerra.

Si tenemos en cuenta estos dos elementos, y si releemos con cuidado la última página del libro, veremos que acaba en triunfo, no en derrota; en sacrificio consciente, no en inmolación suicida. Sacrificio consciente, pero no racional: todo sacrificio de índole religiosa, desde el primero y paradigmático, reviste aspectos de excepcionalidad, de locura, y bien lo dice San Pablo en la epístola mencionada (1, 18-20; 21-23).

Comparemos pues la primera incursión militar del personaje con la segunda y definitiva. La primera va dominada por el signo de la irresponsabilidad. Tomás se disfraza de soldado pero no empuña las armas; acompaña al capitán pero no sigue su bandera; recorre las comarcas beligerantes pero no toma partido. Sin embargo, en mitad de este piélagos de aventuras hay un islote axiológico, un momento de seriedad moral, que podríamos interpretar

<sup>7</sup> Una atribución radical, y muy discutible, de este pesimismo es la de RUTH S. EL SAFFAR, *Novel to Romance*, Johns Hopkins, Baltimore, 1974.

<sup>8</sup> *El pensamiento de Cervantes*, Hernando, Madrid, p. 213.

como anticipo del desenlace, como clave hermenéutica. Es cuando Tomás se niega a sentar plaza con privilegio, y el capitán le responde que “conciencia tan escrupulosa... más es de religioso que de soldado” (p.10). Aquí está ya prefigurada la segunda gestión: Tomás demuestra que sabría ser soldado “de verdad”, con todas las desventajas, y aún más que los soldados profesionales, porque tiene más conciencia. No nos sorprende entonces el final de la obra, donde ya no hay disfraces ni vacilaciones, donde se va derecho al sacrificio, a la entrega total, como “prudente y valentísimo soldado”. Prudente y valeroso a la vez, es decir, libre y responsable, proyectado y autónomo. El antiguo aventurero ha madurado, y en la más dolorosa de las maceraciones: la enajenación le ha obligado a reconstruir su libertad de juicio, su conocimiento del bien y del mal, y por ende la plena responsabilidad de su conducta.

Ahora bien ¿no podemos considerar esta conducta como estrictamente laica, reducirla al sentido del honor? ¿Por qué ha de ser el sacrificio del Licenciado Rueda de índole religiosa, por qué ha de repetir la locura de la Cruz?

Que Cervantes era creyente no necesita demostración; que en su pensamiento habían penetrado las corrientes ideológicas de la época se ha afirmado repetidas veces<sup>9</sup>. El concepto de la guerra santa, fundamental en las campañas contra los turcos, recobró su vigencia en las luchas de Flandes, donde se defendía la integridad del dogma tanto o más que la del Imperio; Cervantes, para quien la batalla de Lepanto fue “la más alta ocasión que vieron los siglos pasados”<sup>10</sup>, no podía sustraerse a la nueva estrategia espiritual. La muerte de un soldado español de 1600, frente a los luteranos o calvinistas, no es un mero hecho histórico: va calada de un fuerte sentido religioso que la asimila al martirio, y nuestro escritor tenía que compartir una creencia tan arraigada como irrefutable<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> Según ENRIQUE MORENO BÁEZ, “es difícil eludir la conclusión de que Cervantes estaba empapado de la ideología de la Contrarreforma” (“Perfil ideológico de Cervantes”, en J. B. Avalle-Arce y E. C. Riley (eds.), *Suma cervantina*, Tamesis, London, 1973, p. 247). Lo estaba, no sólo por motivos circunstanciales, sino por su pasión de libertad, que coincidía con el carácter antideterminista de la nueva ortodoxia.

<sup>10</sup> Prólogo a la Segunda Parte del *Quijote*, Juventud, Barcelona, 1958, p. 535.

<sup>11</sup> Este aspecto de la mentalidad española de la época, y su relación con los acontecimientos europeos, lo estudia en detalle MIGUEL HERRERO GARCÍA, *Ideas de los españoles del siglo xvii*, Gredos, Madrid, 1966.

¿De qué modo se manifiesta esta creencia en el texto del *Licenciado*? Para saberlo hay que analizar la frase más importante de todo el relato: "...la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas" (p.39).

Si algo cabe afirmar de la eternidad, es su carácter perfecto, tanto en términos metafísicos como en términos gramaticales. La eternidad es imposible fuera de la perfección, dentro del tiempo; aunque nos sea dado concebirla y vislumbrarla, aunque Dios pueda entrar y alojarse, como dice San Agustín, en los "vastos palacios de la memoria", la memoria no es Dios; el hombre temporal y corporal no será nunca Dios; sólo podrá ingresar en el ámbito eterno al desembarazar su alma de estorbos seculares: el camino de la eternidad es el camino de la muerte, y nadie se eterniza en este mundo. Por otra parte, tampoco es factible "comenzar a eternizar" y "acabar de eternizar"; no se cruza a medias el umbral divisorio: al igual que "nacer" y "morir", "eternizar" es verbo que en su rigurosa acepción no tolera imperfectividad.

Quiere decir que Cervantes lo emplea impropriamente, sin haber escudriñado el concepto, o bien que lo sutiliza y descompone para que adquiera dos sentidos. Dado el carácter conceptista de la obra, que ya hemos señalado, parece mucho más verosímil esta última hipótesis. En la frase citada, pues, habrá dos eternidades, de las cuales tan sólo la segunda es verdadera; la primera se limita a anunciar o simbolizar la segunda. Añadamos un dato tan evidente para Cervantes como para nosotros: el oficio del letrado no consiste enjugarse la vida; el del guerrero, sí. El guerrero está siempre más cerca de la muerte, y por lo tanto de la eternidad. La "otra" eternidad, la que buscan y obtienen los letrados es parcial, incipiente, simbólica y mundana: corresponde a la segunda vida de Jorge Manrique. Sólo el guerrero y el religioso tienen derecho a la tercera vida, a la auténtica inmortalidad, y es la muerte misma quien nos lo revela en las inmortales *Coplas*<sup>12</sup>.

Pero quizá no basta con morir en acto significativo para franquearse el paso a la vida eterna. También hay que llegar en ciertas condiciones espirituales, con cierto grado de purificación. Aunque el Licenciado no alcanza la eternidad sino en el campo de batalla, su tránsito anterior por las aulas salmantinas y por las plazuelas de la Corte no ha sido indiferente: le ha conducido "statim" al punto y ocasión del sacrificio. La etapa bufonesca y la

<sup>12</sup> JORGE MANRIQUE, *Cancionero*, 4ª ed., Espasa Calpe, Madrid, 1960, p. 107.

etapa satírica constituyen pues la carrera ascética de este ascenso final: en ellas ha aprendido el personaje a aquilatar, en sí mismo primero y después en los demás, la esencial enajenación y mundanidad de la criatura humana. Y ahora sí adquiere significado la frase de Cervantes: “comenzar a eternizar” quiere decir iniciar el viaje hacia lo eterno; “acabar de eternizar” quiere decir concluirlo, llegar a la meta, realizar la potencia de eternidad que reside en todos nosotros. El verbo puede ser imperfectivo si su acción se entiende a la vez como método y como fin.

Hay además un detalle que no suele percibirse. ¿Cómo puede Tomás comenzar a eternizar su vida por las letras, cuando no ha escrito nada, cuando apenas entraba en el oficio al emprender sus primeras aventuras? No se nos dice una palabra de su labor literaria o forense; sólo sabemos que intentó reanudarla, sin éxito, al considerarse curado. Y es que su verdadera aportación al tesoro verbal, lo que se “acabó de eternizar” en las guerras de Flandes, no consistía en tratados jurídicos ni en discursos poéticos, sino en sentencias y aforismos pronunciados por un loco: nueva confirmación de la locura como vía directa al heroísmo o a la santidad laica.

Sería un error, no obstante, suponer que este curso infalible va orientado por la brújula de la razón. Ya hemos dicho que entre la locura y la cordura no puede haber pared de cal y canto, y que los hechos decisivos de la novela (la ingestión del membrillo, la cura del padre jerónimo) son menos radicales de lo que parece. Entregarse a la muerte en el campo de batalla, por noble y admirable que sea el motivo, no deja de obrar “contra natura”, contra el instinto de conservación. Pero el triunfo del espíritu se funda en la renuncia de la naturaleza; por una airosa paradoja, el Licenciado Rueda se gana libremente la eternidad gracias a la cadena que con mayor o menor peso ha gravado toda su vida de años. Y es que el tránsito a la suma lucidez participa de la ínfima tiniebla. En una obra de claro abolengo cervantino, *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno, el bobo Blasillo repite por las calles el grito mortal del sacerdote, que es el grito mortal del Sacrificado: aquí también coinciden en idéntica angustia la demencia primaria y la sublime.

Resumamos: en el *Elogio* se pasa de la locura cómica y veraz a la locura santa; en el *Licenciado*, de la juventud aventurera y “ligera de equipaje” al maduro sacrificio. El término medio es, en ambos casos, una revelación satírica que desarrolla el sentido del valor y facilita el curso hacia lo eterno. La libertad paradisiaca se transforma en libertad moral, mediante una continua crisis de



la razón que conduce, esperamos, a la fe.

Diffícil es resistir la tentación de aplicar esta dialéctica a otras ternas famosas: las tres vidas de Jorge Manrique, las tres etapas de Sóren Kierkegaard. Por ahora nos conformaremos con apuntar la posibilidad de aplicarla al *Quijote*. (Antes nos referimos a las grandes locuras cervantinas.) Don Quijote y Sancho, dos locos y no uno, empiezan por divertir y maravillar a un público aparentemente sensato. Poco a poco esta sensatez va poniéndose en tela de juicio, y en cierto momento (don Quijote en el palacio de los duques, Sancho en la ínsula) los presuntos locos son los más razonables. Se separan los dos cuando el hidalgo, que ha venido mostrando con cada episodio mayor grado de conciencia, “recobra” la razón y protagoniza una muerte cristiana y ejemplar, mientras Sancho le ruega que viva, pues dejarse morir es la mayor locura que puede hacer un hombre.

ROBERTO RUIZ

Wheaton College